



**Monasterio Cisterciense de Santa María de Huerta
(Formación de laicos)**

EL MISTERIO DE LA IGLESIA: CUERPO DE CRISTO Y PUEBLO DE DIOS

0. INTRODUCCIÓN

Los cristianos de hoy somos la Iglesia de Cristo presente en el mundo, continuando su “historia”. Por eso no nos basta con saber lo que “hizo” la Iglesia en tiempos pasados (aunque sea muy a “grosso modo”, como hemos hecho en el tema anterior); hay que descubrir “lo que la Iglesia es”, para poder participar de manera consciente y eficaz en el acontecer contemporáneo del pueblo de Dios. Un acontecer que no es solamente “suceso” de los hombres, sino también MISTERIO de fe vivido por los creyentes.

El aspecto misterioso de la Iglesia está sugerido por la misma etimología de la palabra Iglesia, cuyo origen es griego = “Ekklesia”. Ésta significa, en primer lugar, “convocación”; y así llamamos a la Iglesia, porque ella es la convocación de todos los hombres y mujeres a la salvación, hecha por Dios mediante la obra de Cristo. Significa también “congregación”; y así llamamos a la Iglesia porque es la congregación de todos los fieles que, creyendo, “ven en Jesús al autor de la salvación” (LG 9) y forman “un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (LG 4), establecido en la tierra como una “comunidad de fe, esperanza y caridad” (LG 8).

Misterio que los cristianos de todos los tiempos hemos profesado con la fórmula: “creo en la Iglesia”. Sin embargo, no en todas las coyunturas históricas se ha comprendido con la misma intensidad lo que significa “creer en la Iglesia” y, sobre todo, lo que implica “ser Iglesia”. Muchos han polarizado exclusivamente su atención hacia la jerarquía y el complejo contorno, extrínseco y visible, de ritos, leyes e instituciones. Es una mortecina visión sobre el misterio de la

Iglesia y muy débil su conciencia de pertenencia activa al Pueblo de Dios, cuya misión en el mundo reducían a “asunto de curas”.

Estimo que este tema nos puede ayudar a profundizar en ese MISTERIO DE NUESTRA FE QUE ES LA IGLESIA.

1. IMÁGENES BÍBLICAS SOBRE LA IGLESIA **(LG 6)**

En el Nuevo Testamento no se nos proporciona una definición de la Iglesia; sin embargo a través de múltiples imágenes se nos comunica una idea aproximada de lo que es la naturaleza íntima de la Iglesia. Son imágenes sencillas, muchas de ellas ya fueron utilizadas por los profetas de Israel al anunciar el designio salvífico de Dios.

Son imágenes tomadas de:

- *La “vida pastoril”: redil y grey, de los que Cristo es puerta y pastor.*
- *La “agricultura”: arada/campo donde Dios trabaja. Viña escogida, plantada por el Padre de la que Cristo es vid y nosotros sarmientos.*
- *La “construcción”: edificación de Dios, cuya piedra angular es Cristo, los apóstoles son cimientos y nosotros piedras vivas. Casa de Dios en la que habita su familia. Habitación de Dios en el Espíritu. Tienda de Dios entre los hombres. Templo del Espíritu Santo. Ciudad santa.*
- *La “vida familiar”: madre nuestra. Esposa de Cristo.*

Este conjunto de imágenes es más expresivo que cualquier definición sobre la Iglesia. Es fácil caer en la cuenta de que predominan las que hacen referencia a la relación entre la Iglesia y Cristo. De esta manera se nos sugiere algo muy importante: y es que el misterio de la Iglesia está profundamente vinculado al Misterio de Cristo. Sin Cristo no se entiende a la Iglesia y sin la Iglesia es imposible entender a Cristo.

El Concilio Vaticano II ha querido ayudarnos a descubrir el misterio de la Iglesia especialmente en su dimensión comunitaria, para ello desarrolla dos imágenes fundamentales: Cuerpo de Cristo y Pueblo de Dios.

2. CUERPO DE CRISTO

La gran afirmación de S. Pablo sobre la Iglesia es que ésta constituye y es el Cuerpo de Cristo (Ef 1,22-23). Y no se trata de una simple metáfora, sino que incluye un realismo sorprendente: la Iglesia “es” el Cuerpo de Cristo.

Al hablar así de la Iglesia se quiere subrayar, ante todo, la UNIDAD (Rm 12,4-5); que se refiere a las relaciones de unos creyentes para con los otros. Estas relaciones deben ser de servicio y de orden. De la misma manera que en el cuerpo los miembros son distintos unos de otros, pero todos están al servicio de los demás, así también tiene que ser el servicio y el orden de la comunidad eclesial, que es el Cuerpo de Cristo. De tal manera que en estos dos conceptos, el servicio y el orden, se contiene la profunda idea que Pablo se hace de lo que debe ser la Iglesia: una comunidad en la que cada uno está siempre al servicio de los demás; y una comunidad en la que cada uno ocupa su puesto, según el carisma que Dios le ha concedido.

Pero estas ideas no recogen todo lo que Pablo piensa cuando habla de la Iglesia como Cuerpo de Cristo. El pensamiento de Pablo es más profundo y más rico. Ante todo hay que tener en cuenta que el individuo se incorpora a la unidad viviente de la comunidad como Cuerpo de Cristo mediante el bautismo: “nos bautizaron con el único espíritu para formar un solo cuerpo” (1 Cor 12,13). En el bautismo, el individuo muere a todo lo que es el mundo y el pecado (Rm 6,3-6) y de esa manera entra a formar parte del Cuerpo de Cristo. La vida en el cuerpo de Cristo es, en definitiva, la vida misma vida de Cristo, que recibimos en el bautismo.

Pero también la imagen Cuerpo de Cristo pone de relieve la supremacía de Cristo sobre la Iglesia, pues “Cristo es cabeza de la Iglesia” (Ef 5,23). La supremacía de Cristo sobre la Iglesia implica diferenciación y superioridad, trascendencia; Cristo y la Iglesia se diferencian como Dios y el hombre, como la gracia y el pecado, como el poder y la debilidad, como la vida y la muerte, como lo que ya es victoria cumplida y lo que no es más que una esperanza de triunfo. Pero es claro que Cristo y su Cuerpo, que es la Iglesia, como congregación de fieles, no existen tan radicalmente separados. La supremacía de Cristo no es sólo de diferenciación, sino también de influjo vital, de eficacia redentora; y así resulta que los fieles unidos a Cristo por la

Iglesia, desde su humanidad se “divinizan”; desde su pecado son transformados en hijos de Dios a imagen y semejanza de Cristo; desde su debilidad se hacen poseedores del reino de los cielos; desde su muerte se hacen victoriosos del infierno y bienaventurados del Padre. La supremacía de Cristo y no el poder de los hombres es la máxima garantía y el origen fontanal de la permanencia y desarrollo de la Iglesia hasta el final de los tiempos. Y en Cristo, no en los hombres, la Iglesia encuentra el modelo que ha de reflejar fielmente durante el tiempo de su peregrinación por el mundo.

Se constata, pues, que la imagen de “Cuerpo de Cristo” nos descubre ya perspectivas formidables en torno al misterio de la Iglesia. Su rica expresividad, sin embargo, ha de ser completada por otra imagen, no menos importante y más generalizada en la tradición bíblica: la de Pueblo de Dios. No en vano este tema ha sido en eje central de la constitución del Vaticano II sobre la Iglesia (LG).

3. PUEBLO DE DIOS (cap. II LG)

a) Nuevo Israel

“Pueblo de Dios” no es en la Lumen Gentium una expresión más de la realidad eclesial entre otras “expresiones complementarias”, sino el punto de partida para una nueva comprensión de la Iglesia, de la que dependen muchas otras innovaciones concretas. Es una de las mayores originalidades tanto de la constitución como del Concilio.

Pueblo cuyo advenimiento había sido preparado por Israel y cuya aparición había sido anunciada por sus profetas. Muy pronto las primeras comunidades cristianas adquieren conciencia de que este anuncio se estaba cumpliendo en los creyentes en Cristo. Esta es la afirmación precisa de S. Pedro, cada una de cuyas palabras es un eco de las que habían sido dichas a Israel en el Antiguo Testamento: “Vosotros sois un linaje escogido (cf. Dt 7,6), sacerdocio, reino, nación santa (cf. Ex 9,6), pueblo adquirido (cf. Dt 7,6), para pregonar el poder del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. Vosotros, que antes no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios (cf. Os 1,10)” (1 P 2,10). Pablo insiste también en la misma idea en Rm 9,25).

Parece, pues, como si los apóstoles en su predicación a las generaciones de los primeros convertidos al cristianismo hubieran tenido la obsesión de hacerles saber que la Iglesia, que comenzaba a extenderse por el mundo, era el nuevo Pueblo de Dios y que la estirpe elegida por Dios después de Cristo eran ellos, los cristianos; ninguna gente se llamará de ahora en adelante “Pueblo de Dios”, sino la Iglesia de Cristo. Como en la antigüedad hizo Dios con Israel, también ahora su proyecto es salvar a los hombres no en solitario, sino formando con ellos una comunidad de salvación (cf. LG 9).

El Nuevo Testamento comienza también recordando a las generaciones cristianas que Abraham, Isaac y Jacob fueron “nuestros padres” (Hch 3,13). Es más, la Iglesia es el cumplimiento de las promesas hechas a Abraham; ella es su heredera. Porque los herederos de las promesas hechas a Abraham no son sus descendientes según la carne (1 Cor 10,18), sino la descendencia según el Espíritu (Gal 4,29). Los que viven de la fe, esos son los verdaderos hijos de Abraham (Gal 3,6). En esta línea el descendiente por antonomasia de Abraham es Cristo (Gal 3,16), y si Cristo es descendencia de Abraham, también los cristianos pueden ser llamados descendientes del patriarca.

Sin embargo es necesario reconocer también que la Iglesia no es idéntica al Israel de ayer; entre el antiguo Israel y la Iglesia ha habido también ruptura. Sobre todo, la Iglesia es el Pueblo de una nueva Alianza, que hace participar a los hombres de la plenitud de gracia y de verdad (Jn 1,16); instaura un evangelio nuevo y una ley nueva que es la de la caridad (Jn 15,12). Por la nueva Alianza Dios guía a los hombres, pero no a la tierra prometida, sino hacia la Casa del Padre (Lc 22,30), y no a través de la ruta del desierto, sino a través de Cristo mismo, que es Camino, Verdad y Vida (Jn 14,5). Los signos de la nueva Alianza son los sacramentos; la gran fiesta cristiana es la Pascua, en la que se celebra el tránsito del Señor, su muerte y resurrección; éste es también el día de la Alianza, que es Cristo, signo y realidad de un Dios, unido con los que han creído y se han reunido en su nombre. Estos son los que constituyen el nuevo Pueblo de Dios.

Nos queda un dato por constatar, y es que en la perspectiva del Pueblo de Dios se descubre de manera singular la dimensión COMUNITARIA de la Iglesia. Dimensión

comunitaria en un doble sentido: porque todos los fieles participan de unos mismos dones comunes, que Cristo comunica a su Pueblo y porque todos, potenciados con los mismos dones de base, participan en una misma acción común para edificación de la Iglesia y servicio de la humanidad. En estos dones se funda la dinámica comunitaria del Pueblo de Dios.

b) Características del Pueblo de Dios

Me parece muy clara la síntesis que, de LG 9, presenta el número 782 del C.I.C..

Sus características le distinguen claramente de todos los grupos religiosos, étnicos, políticos o culturales de la historia:

- *Es el Pueblo de Dios: Dios no pertenece en propiedad a ningún pueblo. Pero El ha adquirido para sí un pueblo de aquellos que antes no eran un pueblo: “una raza elegida, un sacerdocio real, una nación santa” (1 P 2,9).*
- *Se llega a ser miembro de este cuerpo no por el nacimiento físico, sino por el “nacimiento de arriba”, “del agua y del Espíritu” (Jn 3,3-5), es decir, por la fe en Cristo y el Bautismo.*
- *Este Pueblo tiene por jefe (cabeza) a Jesús el Cristo (Ungido, Mesías): porque la misma Unción, el Espíritu Santo fluye desde la Cabeza al Cuerpo, es “Pueblo mesiánico”.*
- *“La identidad de este Pueblo, es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo”.*
- *“Su ley, es el mandamiento nuevo: amar como el mismo Cristo nos amó (cf. Jn 13,34)”. Esta es la ley “nueva” del Espíritu Santo (Rm 8,2; Gal 5,25).*
- *Su misión es ser la sal y la luz del mundo (cf. Mt 5,13-16). “Es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano”.*
- *Su destino es el Reino de Dios, que él mismo comenzó en este mundo, que ha de ser extendido hasta que él mismo lo lleve también a su perfección”.*

c) Dinámica comunitaria del Pueblo de Dios

No todos en la Iglesia asumen el mismo estado de vida ni desempeñan el mismo ministerio; pero es necesario

reconocer el nivel de igualdad básica en la Iglesia entre todos los bautizados, puesto de relieve por el Concilio Vaticano II. En virtud del bautismo y de la Confirmación los fieles reciben unos dones comunes que les capacitan para participar activamente en el dinamismo del Pueblo de Dios. Como cristianos los fieles llevan impresa la marca de sacerdotes, profetas y servidores, dones inalienables que tienden a tener expresión adecuada en una vida y en una acción auténticamente comunitaria dentro de la Iglesia.

- *Pueblo sacerdotal*

S. Juan explicita que esta dignidad es propia de cada uno de los fieles y don de Cristo: “Paz de parte del que es...y de Jesucristo...el cual nos amó y nos lavó nuestros pecados con su propia sangre y nos hizo reino de sacerdotes para Dios, su Padre” (Ap 1,5; 20,6).

Esta conciencia aún sigue siendo muy marginal en la gran mayoría de los fieles. Esto se explica, en gran parte, debido a la profunda reacción surgida en la Iglesia Católica frente a la negación protestante de un “sacerdocio jerárquico”. Trento insistió tanto en el sacerdocio ministerial que oscureció la realidad del “sacerdocio común” de los fieles.

Decir que todos los bautizados son “sacerdotes” significa que ellos cooperan de alguna manera en la mediación de Cristo entre Dios y los hombres para la salvación. Este sacerdocio es vivido por los fieles en una doble dimensión:

- En el discurrir de su misma existencia cristiana: ofreciéndola como una “sacrificio vivo, santo y agradable” (Rm 12,1); perseverando en la oración (Hch 2,42-47); con el testimonio de vida.

- En la celebración litúrgica: en donde se puede afirmar que los fieles son “concelebrantes” y no meros asistentes.

- *Pueblo de profetas*

Así la afirma el Concilio Vaticano II: “El Pueblo santo de Dios participa también del don profético de Cristo” (LG 12).

“Ser profeta” equivale a ser conscientes receptores y transmisores de la Palabra de Dios para los demás. Así una importante manifestación de su profetismo es la confesión de la fe y la comunicación de la Palabra de Dios a quienes quieran escucharla.

Esta dimensión profética está vinculada al sacramento de la Confirmación.

En virtud de este don profético se han de iluminar y enjuiciar las circunstancias concretas de la vida a la luz de las exigencias evangélicas para discernir cómo ha de ser el hacer cristiano. En algunos casos y según la profundidad de la fe y la intensidad de la caridad, a algunos, puede llevarles a sufrir persecución por anunciar el Evangelio; así ocurrió con muchos profetas y especialmente con el “Profeta Grande”.

- *Pueblo de servidores*

En la tradición cristiana al Pueblo de Dios se le ha llamado “Pueblo de reyes” (1 P 2,9). A Dios Padre le agradó darnos el Reino (Cf. Lc 12,32); los fieles somos “su Reino” (Ap 1,6). Los bautizados somos, pues, “reyes” en relación con el Reino de Dios. Pero esta característica no implica “poder” y “dominio”; en la perspectiva del Reino de Dios, ser un “Pueblo de Reyes” es lo mismo que ser un “Pueblo de Servidores”, a imagen de Cristo, rey mesiánico, que vino a servir hasta la muerte de cruz (Lc 22,25-26).

Somos servidores del Reino de Dios en la Iglesia y en el mundo. Nuestro reino no es de este mundo, sino que consiste en el dominio del bien sobre el mal en el nombre de Cristo para la vida eterna.

Por la participación común de estos dones todos los fieles están vocacionados para ser miembros activos en el Pueblo de Dios.

“Ser sacerdote”, “profeta”, “servidor” es como la “ficha constitucional” de todos los bautizados; el hecho de que algunos ejerzan un ministerio jerárquico no destruye la personalidad bautismal del resto de los fieles ni la comunidad y la comunión básica de la Iglesia. La razón de ser de la jerarquía no es otra que servir a esta comunidad y a esta comunión de fe, de gracias y de tareas eclesiales.

d) Pueblo consagrado al servicio de Dios

Este Pueblo, que es la Iglesia, tiene en su mismo título una especificación evidente; es “de Dios”. Esto significa que la comunidad de fieles está consagrada al servicio de Dios, como nota y quehacer distintivo de su razón de ser en el mundo.

En cuanto tal, la Iglesia no es una sociedad con fines políticos, económicos o sociales; es una comunidad de creyentes, cuyos objetivos primarios y definitivos se sitúan en la línea de las relaciones del hombre con Dios mediante Cristo.

Entre estos objetivos, el más representativo y central, como cauce de comunión de los fieles con Dios, es la actividad litúrgica. Así lo expresa el Concilio Vaticano II: “La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia, y al mismo tiempo la fuente de donde dimana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor” (SC 10).

Pero la dedicación al culto no es la única expresión de la consagración a Dios, que ha de vivir el creyente. Como Pueblo consagrado a Dios, los fieles han de consagrarse también al prójimo, ya que el amor al hermano es el signo y la prueba del amor a Dios (cf. 1 Jn 4,21). Por consiguiente, hay que decir que para la Iglesia su consagración a Dios implica necesariamente consagración al servicio de los hombres. Esta es la misión que ha de cumplir el Pueblo de Dios en la tierra.

Propuesta de TRABAJO PARA EL TRIMESTRE

- *Os invito a ir leyendo poco a poco la Constitución dogmática sobre la Iglesia (Lumen Gentium), del Concilio Vaticano II.*
- *Lectura y reflexión personal de los apuntes dados en Huerta.*
- *Algunas sugerencias e interrogantes pueden ayudarnos en la reflexión y el compartir:*
 - *Profundiza en tres o cuatro imágenes sobre la Iglesia (Sirviéndote del Diccionario de la Lengua española trata de aplicar sus contenidos y significados a la Iglesia y a ti mismo/a).*
 - *Como miembro del Cuerpo de Cristo que eres, ¿con qué miembro te identificarías o te gustaría identificarte? ¿por qué?*

- *Elabora tu “DNI” como miembro del Pueblo de Dios (Ayúdate, como referencia, de los datos del DNI español e incluso añádele nuevos datos).*
- *¿Cómo “aterrizar” o en qué “concretar” mi condición sacerdotal, profética y de servidor, como miembro de la Fraternidad Cisterciense de Huerta?*

- *Poner en común en los grupos lo que nos ha enriquecido el tema.*

Bibliografía complementaria

VELASCO, R., La Iglesia de Jesús, Ed Verbo Divino, Estella (Navarra). Es –una visión desde otros ángulos de los tres temas vistos hasta ahora.